

0793. Noviazgo, elección con tino

Cada vez que hablamos del matrimonio señalamos, como es natural, los bienes que Dios ha depositado en él y que hacen la felicidad del hombre y de la mujer, e indicamos también los males a que se ve expuesta la institución familiar. Se trata de apoyar, sostener y acrecentar los bienes del hogar, a la vez que miramos de estar al tanto con los males que nos pueden echar a perder la felicidad en la familia.

Hoy nos vamos a remontar a la primera causa de los bienes del matrimonio igual que a la causa principal de los males. Y decimos, sin más, que unos y otros radican muchas veces en el noviazgo.

No hace mucho leí un chiste gracioso y me dije: algún día me va a servir para alguno de nuestros mensajes. Lo cuento hoy. Se trata de un escritor ya antiguo, muy agudo, al que le preguntaron qué significado tenían las palabras *novio* y *novia*. El interrogado contestó muy serio:

*-¿Pues, qué quieren ustedes que signifiquen? El muchacho quería casarse, y, novio, **no vio** lo que le esperaba. Se casaron, y la chica decía llorando: yo, novia, **no veía** lo que me iba a venir...*

Chiste aparte, todos entendemos que el matrimonio es una cosa demasiado seria, que necesita preparación; y que el noviazgo debe servir para llegar al altar con una gran ilusión, es cierto, pero sobre todo con una gran decisión, con una gran seguridad y con un ánimo generoso, capaz de superar cualesquiera dificultades de la vida.

La Iglesia en nuestra Latinoamérica ha hecho opción especial por la Familia, y de ahí el interés de todos por preparar a los jóvenes para su vida de casados. El Papa Pío XI hacía ver en su famosa carta encíclica sobre el Matrimonio (*Casti Connubii*) a los que se iban a casar las consecuencias de la acertada o desacertada elección de la pareja.

Extendía el Papa su mirada a todos los horizontes, y hacía ver en primer lugar cómo el Reino de Cristo estaba en ello muy comprometido, pues la Iglesia dependerá grandemente de lo que sea la institución familiar.

La propia persona no puede jugar con su destino, ya que su felicidad en esta vida y en la otra pueden depender también de la acertada o desacertada elección que se haga.

El otro cónyuge merece todo el amor, cariño y respeto, de modo que no se le deberá comprometer a una vida que podría resultarle desgraciada.

Si se mira de modo especial a los hijos que vendrán, ya se ve cómo hay que escoger al que será su padre o a la que será su madre.

La sociedad civil, de la que todos somos responsables, no es sino el río brotado de la fuente. Cada familia es un afluente que aporta el agua que de ella nace. La sociedad es lo que es la familia, y la familia es lo que son los esposos que la inician con un matrimonio acertado o desacertado.

La Biblia tiene expresiones muy atinadas, bellas y hasta humorísticas sobre la elección del cónyuge. Aunque la Biblia, que se desarrolla en el Oriente antiguo, no mira más que a la mujer y, con un machismo para nosotros incomprensible, nada dice del marido. Pero cualquiera de nosotros entiende que hay que aplicar al varón lo mismo que se dice de la mujer. Por ejemplo, dice la Biblia:

- *Como el yugo de bueyes que está flojo, así es la mujer mala. Quien la toma cuenta con que toma un escorpión (Eclesiástico 26,7)*

Muy bien; pero nosotros podemos comentar: *Y la mujer que toma un mal marido, piense que ha tomado un tigre que la va a devorar.*

En el mismo libro de la Biblia leemos estas palabras hermosas:

- *Quien posee una buena esposa, comienza ya con esto a formar un patrimonio, tiene una ayuda semejante a él, y una columna de apoyo.*

Muy bien también. Y añadimos nosotros: *Y la mujer que tiene un buen marido, tiene la mayor riqueza, el mayor apoyo, y la dicha más grande en que ha podido soñar.*

Dejamos así la última palabra a la Biblia, cuando nos dice:

- *La mujer buena la da sólo el Señor* (Eclesiástico 36,26)

Que es como decir: *Tú, hombre, pide a Dios una buena mujer; tú, mujer, pide a Dios un buen hombre.*

Aquel celebrado poeta, que tuvo unos padres ejemplares de verdad, cuando hubo de buscarse la compañera, cantó todo esto de manera conmovedora, al escribir:

Yo aprendí en el hogar en qué se funda
la dicha más perfecta,
y para hacerla mía
quise yo ser como mi padre era,
y busqué una mujer como mi madre
entre las hijas de mi hidalga tierra.
Y fui como mi padre, y fue mi esposa
viviente imagen de la madre muerta.
¡Un milagro de Dios, que ver me hizo
otra mujer como la santa aquella! (*Gabriel y Galán*)

Este poeta cristiano supo decirnos, mejor que el del chiste, qué es ser novios de verdad: **ver muy bien** a quién se escoge por pareja: para que la felicidad de mañana no falle; para que el agua que brote de la fuente sea pura como el amor que inspiró una elección acertada; y para que ese amor y esa dicha sean el preguiso del gozo de la boda eterna...